

La última cena

7



El puente de piedra había resistido a través del tiempo. Adornados carruajes españoles que lucían la brillantez de una época de oro y plata. Veloces mensajeros llevando buenas o malas noticias a sus alejadas comunidades. Y hoy, modernos camiones pasaban presurosos levantando tras

su ciclópea figura caprichosas nubes de polvo. Bajo sus sólidas bases un famélico can se acerca. El fuerte olor a basura ha agudizado su reducido estómago. Escarba desesperadamente. Un brutal puntapié le hunde las costillas. Grotesco duelo entre hombre y animal por los desperdicios, un lejano aullido lastimero.

El vagabundo se inclina a recoger la mugrienta bolsa y sus pupilas se dilatan. Se hunde al encuentro con sus manos. Es blando. Un delgado chorro sanguinolento se desliza por sus esqueléticos dedos. ¡Isidoro! deja de dormir. Ven. Creo que encontré algo de comer. Palabras desde hace muchos días inexistentes en su léxico. Es una pesadilla. Estalla la incontenible tos que le sacude y lo hace levantar. Ahora puede ver claramente. Su compañero de desgracia logra por fin de desatar el ajustado nudo de la bolsa plástica.

Se acerca.

-Qué es?

Saúl, a pesar de haberse acostumbrado a los fétidos olores que se esparcían debajo del puente, lugar de su morada; no pudo reprimirse de llevar los dedos a la nariz. Lanzó un escupitajo.

-Parece menudencia. Quisiera lavarlo. Busquemos agua.

Treparon al puente y ante ellos se presentó la pampa desértica. A lo lejos se divisaba los letreros de publicidad que eran la entrada a la ciudad. Y a su encuentro se dirigían dos hombres golpeados por la adversidad. El hambre, las frías noches combatidas bajo cartones y diarios, se encontraron por culpa del destino un lugar donde pasar la noche. Y se hizo común llegar en la oscuridad a dormir bajo el viejo puente.

Muchísimos años atrás



bajo él, corría un caudaloso río. Pero nadie sabe porqué dejó un día de hacerlo. Ahora es tan seco como la arena del desierto o como la voz del pobre que pide justicia y escucha desesperado su eco perderse en el vacío.

Los raídos zapatos suben a la acera. Casas. Perros que ladran furiosamente. Ojos alerta. La bolsa mugrienta firme al pecho. Es su mayor tesoro en este momento.

Divisan una fuente que generosamente de sus entrañas brota agua cristalina.

-Al fin llegamos Isidoro. Tomaremos un descansito.

El otro no tiene aire ni para contestar. Su débil organismo está demasiado minado. Por la noche su mente afebrada por el frío y al hambre le hacen soñar cuando de joven era un robusto minero de Catavi. Luego vino la huelga general. Represión. Lo metieron a la cárcel. Salió enfermo. Al regresar a su pueblo ya no encontró a su familia. Quedó solo. Intentó trabajar. Pero la persistente tos le quebraba la espalda. Todo fue inútil.

Miró a Saúl lánguidamente. Éste se recostaba enjuagando el codiciado regalo de Dios.

De regreso al viejo puente, se dejó caer sobre un grueso cartón. Su amigo buscaba entre los escombros algo con que ensartar. Encontró un sucio alambre. De su mullido pantalón emerge una caja de fósforos. Sonríe y muestra una amarillenta e incompleta dentadura. La pequeña fogata alumbra su centrino rostro. La tos

acomete furiosa.

-Toma, es tu parte. Peor es nada.

Isidoro engulle la semicarbonizada menudencia. La tos quiere rechazarla. Se hace más fuerte. Sangre. Rigidez. Última mirada al mundo. Es el fin. Silencio.

Saúl se acomoda en su lugar. Hace frío. Hoy fue un día de fiesta...



JAVIER CARDENAS MEDINA.